

El río del tiempo

JON SWAIN

Traducción de Magdalena Palmer

gatopardo ediciones 

Título original: *River of Time*

© Jon Swain, 1996

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2018

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2018

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre de 2018

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Jon Swain, enero de 1975;

©fotografía de Denis Reichle

Imagen del interior: Río Mekong, 2007;

©fotografía de Andrés Aldonza;

cortesía de <Gastasuelas.com>

ISBN: 978-84-17109-57-8

Depósito legal: B22839-2018

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



El río Mekong.

En recuerdo de mi madre y de mi padre

Dos cosas hay más grandes que el resto.
La primera es el amor y la segunda es la guerra.
Y como no sabemos qué nos deparará la guerra,
¡hablemos, vida mía, del amor!

RUDYARD KIPLING

CRONOLOGÍA

1954

La derrota de Dien Bien Phu señala el fin del imperio francés en Indochina. Los Acuerdos de Ginebra dividen Vietnam en un Vietnam del Norte comunista, gobernado por Ho Chi Minh, y Vietnam del Sur, apoyado por Occidente.

1965

Estados Unidos envía tropas para defender Vietnam del Sur, que se desmorona bajo la insurgencia comunista apoyada por Vietnam del Norte.

1968

Los comunistas lanzan la ofensiva del Tet, un ataque a más de cien pueblos y ciudades survietnamitas. Ahora ya hay más de 530.000 soldados americanos en Vietnam del Sur, los aviones estadounidenses bombardean Vietnam del Norte y Washington mantiene una guerra secreta en Laos contra los comunistas del Pathet Lao y el ejército norvietnamita. Sólo Camboya, gobernada por el príncipe Norodom Sihanouk, se mantiene al margen de las amargas guerras que desgarran a los países vecinos. Para Estados Unidos, Tet es el punto de inflexión en la guerra de Vietnam; es entonces cuando comprenden que nunca vencerán e inician el proceso de retirada.

1970

En Camboya, Sihanouk es depuesto por su derechista ministro de Defensa, el general Lon Nol. Con el golpe de Estado, la guerra de Vietnam se extiende a Camboya. Estados Unidos arma a Lon Nol, mientras que Vietnam del Norte y China apoyan a los comunistas camboyanos, los jemereros rojos, que se convierten en un ejército disciplinado y cruel.

1973

La firma de los Acuerdos de Paz de París proporciona a Estados Unidos medios diplomáticos para retirar las últimas tropas americanas de Vietnam del Sur y recuperar a sus prisioneros. La guerra continúa.

1975

Los jemereros rojos endurecen el sitio a Nom Pen y el 12 de abril helicópteros de los Marines evacúan la embajada de Estados Unidos y a otros extranjeros de la capital asediada. Cinco días después, los jemereros rojos toman Nom Pen.

Privado desde los Acuerdos de Paz de 1973 del apoyo logístico y armamentístico de Estados Unidos, el ejército de Vietnam del Sur pierde terreno y finalmente cae derrotado el 30 de abril. Las tropas comunistas toman Saigón.

1975-1979

La revolución de los jemereros rojos conmociona Camboya. Éxodo masivo de refugiados de las dos zonas de Vietnam, unidas bajo el gobierno comunista. Laos también se convierte en un Estado comunista.



Son tantos los periodistas que han contado sus versiones de la guerra de Vietnam, Camboya y Laos que, a estas alturas, otro libro sobre el tema puede parecer superfluo. El relato de sus batallitas suele empezar así: «Recuerdo que cuando estaba en Indochina...».

Si peco de una falta similar y sueño demasiado como esos viejos veteranos de Indochina, les pido disculpas. No pretendo explotar la nostalgia. Si describo algunos aspectos de la guerra con excesivo romanticismo, atribúyanlo a la exaltación juvenil. Los países de la antigua Indochina francesa siguen destacando del resto de Asia, aunque ya no se deba a sus dramáticos titulares.

Pese a la modernización occidental continúan siendo remotos, trágicos, sugerentes y hermosos, una seductora melodía de los sentidos. Son lugares que han marcado mi experiencia vital como ningún otro en la tierra. Lamento haber tenido que marcharme, aunque reconozco que no llegué a conocerlos tanto como debería y que los vi en un momento de oscura tragedia, cuando eran escenarios de conflicto y languidecían sometidos a ejércitos extranjeros, ideologías y opresión interna.

El impacto de las guerras ha sido terrible en Indochina, y las victorias comunistas, un espantoso desencanto. Sin embargo, hay una constante que fluye a lo largo de estas tierras: el Mekong. Los grandes ríos poseen una magia especial. El Mekong tiene algo que, pese al tiempo transcurrido, sigue invitándome a sentarme en su orilla y contemplar el curso de mi vida.

Es el río más largo del sudeste asiático. Nace mansamente como un pequeño manantial glacial en el Himalaya tibetano, el techo del mundo. Alimentado por la nieve fundida y los arroyos de las montañas, se precipita por los escarpados barrancos del sudoeste chino, caracolea tortuosamente por las exuberantes colinas de Laos, desciende mediante una serie de rápidos hasta Camboya y luego fluye a un ritmo más pausado hasta el sur de Vietnam, para acabar serpenteando plácidamente hasta el mar de China Meridional, por debajo de Saigón.

Entre 1970 y 1975 viví en las tierras del Mekong —Camboya y Vietnam— y ocasionalmente crucé a Laos para informar sobre la guerra secreta que Estados Unidos desarrollaba allí. Este libro es ante todo un relato personal de aquellos días turbulentos. Durante dicho periodo el Mekong formó repetidamente parte de mi vida y acabaría convirtiéndose en algo más familiar de lo que es el Támesis para muchos londinenses. Yo tenía poco más de veinte años y era uno de los aproximadamente seiscientos periodistas acreditados en Saigón por el Comando de Asistencia Militar Estadounidense en Vietnam (MACV); en Nom Pen formé parte del grupo mucho más reducido de corresponsales acreditados por el Gobierno de la desafortunada República Jemer que apoyaba Estados Unidos.

Pronto el Mekong me inundaría como una inmensa marea. Lo que me enseñó de la vida y de la muerte nunca lo habría aprendido en Europa. Conocí la emoción del

amor, teñida de melancolía, tan peculiar de este rincón de Asia. Y también que el Mekong no es un río tan inocente como en ocasiones aparenta. Es cierto que trae la vida a las tierras de Indochina, pero también tiene otra faceta que, a su debido tiempo, acabé conociendo demasiado bien. Es el reflejo de la violencia y la corrupción de los países que toca.

Nunca ha sido del todo el apacible remanso asiático de campesinos sonrientes, dóciles y amables que domina la imaginación popular, sino un lugar despótico, lleno de sufrimiento y destrucción primitiva. La historia ha demostrado que tanto la violencia como la sensualidad son intrínsecas del carácter indochino en general, y de los camboyanos en particular. Llevan la violencia en la sangre. Los camboyanos «parece que sólo han aprendido a destruir, nunca a reconstruir», escribió Henri Mouhot, el gran explorador francés que moriría de malaria mientras remontaba la cuenca alta del río en 1861. Sobre el Mekong afirmó: «Hace mucho tiempo que bebo de sus aguas, que me acuna en su lecho y que pone a prueba mi paciencia; a veces fluye majestuosamente entre las montañas, otras baja enfangado y amarillo como el Arno de Florencia».

En cuanto a mí, hay imágenes que nunca olvidaré: los cadáveres zarandeados por los violentos remolinos del río en las inmediaciones de un pueblo fluvial a 50 kilómetros de Nom Pen, cuando en la bruma matinal el Mekong se muestra más espléndido y misterioso; o la tragedia del bombardero B52 estadounidense que soltó prematuramente su carga de explosivos en esa misma aldea, transformando su centro en una masa de cascotes que sepultó a gran parte de la población. «Vi que un grupo de bombas caía en la aldea, pero no fue un gran desastre», afirmó en una conferencia de prensa el coronel Opfer, agregado de las fuerzas aéreas de Estados Unidos. Opfer no había entendido nada.

El bombardeo había matado o herido a unas 400 personas. Un hombre perdió a doce miembros de su familia.

Tampoco olvidaré el día en que un general camboyano hizo avanzar a sus soldados detrás de un escudo protector formado por civiles vietnamitas, sometido al fuego del Viet Cong. «Es una nueva forma de guerra psicológica», afirmó el general mientras los cuerpos se desplomaban ante él.

Fue en Nom Pen, a orillas de uno de los *quatre bras* del Mekong, cuando una mañana de 1975 pensé que iba a morir. Un joven jemer rojo me puso una pistola en la cabeza. Nada le impedía apretar el gatillo. A día de hoy, sigo experimentando la perturbadora sensación de que quizá no debería estar vivo.

Todos estos acontecimientos tenían también otra lectura. Ante la guerra se puede ser cínico además de romántico. La tragedia posee una atracción mágica, y es capaz de provocar tanta euforia como cansancio. Cuando acecha la muerte, todo objeto, todo sentimiento, adquiere un valor formidable. La camaradería es más fuerte y el amor más profundo.

Aunque es inevitable que el tiempo atenúe la intensidad de lo que sentimos, a menudo me asalta un deseo vehemente de volver al lugar donde todo empezó para mí. No tanto la Camboya que conocí al final, en sus días más trágicos y solitarios, cuando Nom Pen era una ciudad sitiada, envuelta en alambradas e inundada por unos refugiados cuyo sufrimiento se ha convertido en una de las imágenes más atroces de Asia en el siglo xx.

Quiero volver a la Camboya de inicios de 1970 y a la inocencia de mi primer viaje a Indochina. Sueño con las calles perfumadas de Nom Pen; la simplicidad de las aldeas a orillas del Mekong, rodeadas de bananeros, mangos y cocoteros; el esplendor de la jungla; los arrozales, verdes como prados; las mujeres exquisitas; el olor del opio; la

tibia caricia del calor, y la paz que lo impregnaba todo. Los inicios de una hermosa historia de amor..., también eso pertenece a la Indochina que adoro.

Lo que me transporta a la Camboya de mis sueños son esos primeros días. Una fría mañana de 1970, encapotada y gris bajo un monótono cielo septentrional, me marché de París. Había trabajado en la sección inglesa de la Agence France-Presse (AFP) durante casi dos años, pero deseaba que me destinasen a Vietnam y acosaba descaradamente a mis jefes para conseguirlo. Mi pasión por Indochina se debía en parte a un breve coqueteo con la Legión Extranjera Francesa, que había luchado en Indochina con distinción, y en parte a mi sed de aventuras, que era la razón de que me hubiese hecho periodista, para empezar. Finalmente, un *coup d'état* fue la respuesta a mis plegarias. Los nuevos gobernantes consideraron que Jean Barré, el corresponsal de la AFP en Nom Pen, les era hostil y lo expulsaron. Mis jefes franceses decidieron sabiamente reemplazarlo por alguien que no fuese francés. Resulté elegido y me enviaron por un periodo de tres meses como enviado especial. Me quedé cinco años.

A las veinte horas de haber despegado de París, un viraje del avión mostró brevemente el Mekong antes de que aterrizásemos en Nom Pen, un mundo completamente distinto. Aquel primer día tuve la impresión de que penetraba en un hermoso jardín. En cuanto descendí del Boeing 707 de Air France y pisé el asfalto caliente del aeropuerto Pochentong para comenzar una nueva vida, me olvidé de París e inicié una aventura y una historia de amor con Indochina a la que siempre he sido fiel.

Todavía puedo ver y sentir su encanto indolente. En la carretera del pequeño aeropuerto donde me había recibido Bernard Ullman, un corresponsal de la AFP, vi árboles

de asombrosas flores rojas. Los ataques con cohetes y los atentados no empezaban hasta al cabo de unos meses y era posible andar o pedalear tranquilamente por la calle. Había pocos coches y, al principio, escasos indicios de la guerra. Los soldados partían al frente en autobuses pintados de alegres colores y camiones de Pepsi-Cola requisados por el ejército.

Mi hogar era Studio Six, un dúplex de dos dormitorios con ventiladores de techo ubicado en la planta baja del Hôtel Le Royal. El edificio, espacioso, señorial y envuelto en buganvillas escarlata, había sido el Club de Oficiales Franceses y, más recientemente, una base cómoda para los turistas franceses que se desplazaban a Camboya para la *chasse*, visitar los templos de Angkor y saborear la legendaria belleza de las mujeres. Tenía un aire romántico que me atrajo de inmediato: su escalera de madera tallada que conducía a lo que parecían kilómetros de pasillos tenuemente iluminados, el jardín exuberante y exótico con una piscina al fondo, el desvaído cuadro de Angkor que colgaba de sus paredes color caramelo, el rápido francés de los viejos plantadores de caucho que bebían un Pernod tras otro en el bar.

En el estudio había montañas de números atrasados de *Le Monde*, libros, botellas de agua, mochilas, cámaras, balas de ametralladora y una exótica *Carte Touristique du Cambodge* en la pared, ilustrada con imágenes de elefantes, tigres, templos y cascadas, donde destacaba la gruesa línea azul del serpenteante Mekong.

La ciudad estaba bañada en la luz tenue y púrpura del atardecer. Bernard, un veterano de Asia, me llevó esa noche al Café de Paris, el mejor restaurante francés de Nom Pen, para celebrar mi llegada. Albert Spacessi, el gordo propietario corso que se sujetaba con tirantes unos amplios pantalones subidos hasta los pezones, nos recibió de manera campechana y con franca hospitalidad. Cena-

mos ciervo local regado con excelentes vinos franceses, rodeados de carteles baratos de Nôtre Dame y la plaza de la Concordia. Sin embargo, en lugar de salir después a una sombría calle parisina atestada de viandantes que corrían con la cabeza gacha y el cuello del abrigo alzado para protegerse del frío, me encontré en un mundo encantado de aromas tropicales, cuyo silencio nocturno sólo interrumpieron unas chicas que nos rodearon en sus *cyclos* y se ofrecieron a pasar la velada con nosotros.

Aquella noche, mientras un *cyclo* nos conducía de vuelta al hotel, Bernard me explicó lo que sentía:

—Indochina es como una mujer hermosa; te apabulla y nunca acabas de entender por qué —dijo con desinhibida ternura—. A veces nos enamoramos de un lugar que nos incita a volver una y otra vez.

Nunca he olvidado sus palabras.